

Desigualdad, migración y educación en tiempos de pandemia¹



María Laura Diez, Verónica Hendel, Laura Martínez
y Gabriela Novaro

Programa de Antropología y Educación. Instituto de Ciencias Antropológicas. FFyL-UBA

Control, inmovilidad y aislamiento son algunos de los aspectos que se han exacerbado de la mano de la expansión de la pandemia en América Latina. La profundización de las desigualdades adquiere características particulares en diferentes contextos. En la Argentina, uno de los grupos más afectados han sido los colectivos migrantes. Las medidas vinculadas al aislamiento social han ubicado a esta población ante nuevas dificultades para concretar trámites de residencia y acceder a derechos sociales y económicos, tales como la alimentación, el trabajo, la vivienda, entre otros.

Otro aspecto particularmente visible en esta coyuntura, ha sido el incremento de actos discriminatorios (por medio de discursos y prácticas). Desde el origen de la pandemia emergieron asociaciones discursivas entre el virus y localidades o referencias nacionales a China. En nuestro país es posible identificar un aumento de la xenofobia hacia comunidades asiáticas. En territorios con una importante presencia de población migrante limítrofe, también han comenzado a reproducirse formas de estigmatización hacia dicha población, que asocian precarización de las condiciones de reproducción social, extranjería y enfermedad. Esto no sorprende si se considera la forma en la que se abordó el covid-19 como asunto de movilidad internacional y de control sobre los movimientos de la población. En la medida en que el problema dejó de estar asociado a la clases medias y altas que retornaban de Europa y Estados Unidos, las urgencias del discurso mediático se desplazaron hacia los sectores más vulnerables. En varias ocasiones, se ha tematizado la “custodia” de las fronteras para evitar que ingresen o egresen migrantes por tierra haciendo visible la doble negación como sujetos inmovilizados en territorios en los que no son nacionales y ausentes donde lo son.

En este contexto, la situación de niños y adolescentes presenta una relevancia singular. El discurso público sobre la situación de estos grupos hace visibles

1. Una versión de este texto, será publicada en el Boletín N°1, del Grupo CLACSO “Educación e Interculturalidad”



ciertas necesidades y demandas y omite muchas otras. Hemos visto, por ejemplo, que se debaten las salidas recreativas como necesidad específica de la niñez, pero los padecimientos de muchos niños que viven en contextos de privación están ausentes o fragmentariamente presentes en los debates públicos. De esta forma, la imagen que se instala sobre la situación de la niñez y la juventud en la pandemia oscila entre nociones descontextualizadas y homogéneas sobre lo que serían sus necesidades, y la invisibilización de sus condiciones de vida. La preocupación por estos grupos tiende a circunscribirse a la cuestión educativa y más específicamente a lo escolar, como si la escuela fuera “la” experiencia de vida de los niños y jóvenes que la pandemia y el aislamiento alteró. Además, en ocasiones parece suponerse que su derecho a la educación estaría garantizado por las políticas de continuidad pedagógica más allá de las posibilidades materiales de acceder a la misma.

Desde una mirada que presupone la intersección entre diversidad y desigualdad, es necesario situar la discusión sobre la infancia y adolescencia en relación a experiencias colectivas; ello supone para nosotras dar cuenta de los modos en los cuales el contexto de aislamiento agravó deudas pendientes con esta población, así como puso de manifiesto los aspectos en común con el deterioro progresivo de las condiciones de vida de las mayorías populares del país.

Desigualdad, xenofobia y educación en los territorios donde trabajamos

En los párrafos que siguen reflexionamos sobre cómo estas cuestiones que atraviesan la situación de la población migrante latinoamericana en Argentina se expresan en los territorios donde trabajamos, localidades con alto componente de población procedente de Bolivia. Una de ellas se ubica en el partido de Escobar. Durante la cuarentena el Mercado Frutihortícola y la Feria de ropa, emprendimientos de la Colectividad Boliviana de Escobar sufrieron cierres intermitentes o totales. Se trata de espacios donde trabajan cientos de productores familiares, puesteros y changarines. La presencia de algunos casos tempranos de covid en el barrio, fue rápidamente asociada a la actividad económica de la colectividad, con efectos doblemente dolosos para las familias: afectado el trabajo de la economía popular del que depende su reproducción (excluidos de los sistemas legales de protección laboral) y depositarias de miradas culpabilizadoras de la circulación viral. De este modo quienes durante décadas ocuparon los segmentos más desprotegidos del mercado de trabajo, son construidos por eso mismo como responsables de poner en riesgo el bien común.

Esta construcción se refuerza a partir de la circulación en ciertos espacios de discursos xenófobos y racistas que explícitamente culpan a los bolivianos por la expansión del virus. Hemos registrado esto especialmente entre agentes de salud de los hospitales locales frente a pacientes internados “todos bolivianos” (apreciación generalizada que no coincide con datos locales) comentan por ejemplo: “parece que” se lo agarraron en el mercado, “por culpa de ellos estamos como estamos”. Se reinstalan así imágenes y tensiones que parecían superadas. Expresiones racistas que abundaban en pasacalles, paredes, bancos de plazas y medios de transporte hace unos años, comenzaron a ser revisadas recientemente, permitiendo otros acercamientos. En diez años de trabajo de campo fuimos testigos de este movimiento, reforzado en los últimos tiempos por proyectos colaborativos entre el municipio y la Colectividad. Distintas situaciones iban legitimando la imagen de un territorio habitado

por muchas naciones. Ante la crisis sanitaria, posiblemente también ante la angustia general, parece abrirse y habilitarse un canal para que las posiciones racistas (larvadas pero siempre atentas a expresarse en contextos críticos) encuentren y condenen supuestos culpables. Esto nos plantea la pregunta sobre si esta imagen de encuentro y proximidad que percibíamos en la pre-pandemia correspondía realmente al proceso que se vivía o era un paño más o menos delgado bajo el cual, sentimientos de intolerancia y discriminación no habían perdido vigencia.

¿Qué pasa con las escuelas en este contexto de creciente precarización socioeconómica y de aumento de los discursos racistas y xenofóbicos? La situación de aislamiento nos impuso nuevas formas de mantener el contacto con los territorios y las escuelas. Esto se vio facilitado por el sostenimiento de un programa sobre educación en la radio comunitaria de la colectividad que mantenemos desde 2019 y que en este contexto seguimos sosteniendo a la distancia. A los pocos días de decretado el aislamiento la directora de una de las escuelas nos escribió solicitando que pasáramos en la radio información para que sus alumnos supieran dónde y cómo conseguir el material y conectarse con sus docentes. Este hecho dio cuenta a la vez de la preocupación por llegar, por mantener el contacto, del lugar central de los docentes en las articulaciones comunitarias para sostener la comunicación y la gestión de recursos. También habla de la limitación de los dispositivos instalados. Las escuelas del barrio fueron avanzando, como pudieron, en el contacto con los estudiantes. La desigualdad del contacto es evidente, sobre todo con las familias en condiciones de mayor pobreza. Pero además mucha de la tarea docente pasó por organizar el reparto de comida y colaborar con el reacondicionamiento de algunos espacios educativos ahora devenidos en lugares de cuidado de la salud. Reunimos muchas voces en el programa de radio: multiplicación de proyectos para contener y dispositivos para incluir, docentes angustiados registrando los límites para llegar a todos, jóvenes que demandan más contacto con profesores y espacios de participación con sus pares.

En otro de los barrios del Gran Buenos Aires en el cual trabajamos, que lleva el nombre de Ciudadela y se encuentra ubicado en el distrito de Tres de Febrero, las economías de las familias migrantes se han visto fuertemente afectadas a partir de la prohibición de la venta callejera y el cierre de comercios que no son de primera necesidad. A diferencia de lo que sucede en otros lugares (incluso de la misma localidad), el control de las fuerzas de seguridad sobre los comercios de bienes no elementales y la venta callejera se ha exacerbado aún más de lo habitual siendo los comerciantes en su mayoría de origen boliviano y senegalés sin posibilidades de acceder a la ayuda gubernamental por su situación legal. Este control se ha extremado en el pasaje de la provincia a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, es decir, en la Avenida General Paz que forma parte de las vías de circulación cotidianas del lugar.

En este barrio, la ayuda alimentaria que propician las escuelas a través de las autoridades locales no resulta suficiente y se han registrado casos de madres a las cuales sus "patrones" no las han dejado pasar a retirar los bolsones por encontrarse en horario de trabajo. La frase "la continuidad pedagógica es una mentira", pronunciada hace pocas semanas por una de las directoras del nivel secundario con los cuales trabajamos, resume drásticamente algunos de los aspectos de la situación que atraviesan las escuelas ubicadas en los barrios más vulnerables. No se trata de una crítica a las políticas educativas sino de la constatación de un límite: la profunda desigualdad que este contexto ha puesto en evidencia y el altísimo porcentaje de jóvenes que en estos meses "se

quedan afuera” de aquello que las escuelas logran ofrecer. También expresa un objetivo claro: la necesidad de sostener el vínculo. El problema es que este objetivo se dificulta cuando la mirada sobre las familias se individualiza y la posibilidad de construir una propuesta educativa propia, situada, y consensuada entre todos los actores escolares se torna sumamente difícil. En una encuesta realizada a jóvenes de la zona que cursan el nivel secundario, éstos han manifestado que, en su mayoría, se vinculan con sus docentes a través de celulares que en muchos casos comparten con otros miembros de su familia, que su acceso a internet depende de la carga de datos (es decir, del dinero disponible) y que muchos de ellos están realizando actividades laborales para tratar de paliar la difícil situación o tienen familiares a su cargo. También han aumentado los casos de jóvenes que atraviesan situaciones de depresión o conflictos familiares de gravedad. Por último, cabe señalar que la irrupción de la vida doméstica en la esfera de lo público a través de la comunicación virtual supone para muchos de estos jóvenes una situación de exposición inusual de sus condiciones de vida a través de la cámara de sus celulares. En un contexto de exacerbación del racismo y la xenofobia este tipo de prácticas están siendo repensadas. La opción de “apagar la cámara” en las clases virtuales es mencionada por diferentes docentes como una estrategia de resguardo y cuidado. La pregunta que surge es qué haremos con esa oscuridad cuando logremos regresar a las clases presenciales.

La situación actual plantea desafíos e incertidumbres a corto y largo plazo. La reflexión situada y contextualizada de las formas que adoptan las desigualdades se torna imprescindible para poder avanzar hacia proyectos, políticas y enfoques que habiliten la creación de nuevos parámetros de igualdad, tanto en contextos comunitarios como escolares.